

Y Noris creía seguir viendo el rostro triste con que decía el huerfanito :

—¡No tengo papá!.... Está allá abajo.. .

La señora de Montepreux en casa de Chantenay...., y acaso suplicándole, como Noris le había suplicado en otro tiempo. Sabiendo Jacoba, tal vez por el mismo René, que éste pensaba en su absurdo enlace con la señorita Feraud, había tomado el camino de la casa de su amante.

Y pensando en Charley, con su traje ruso, acudía á Noris este pensamiento irónico :

—¡Pobre pequeñuelo! Acaso me deba el que no sea su padre político el príncipe de Chantenay.

IX.

No sin vacilaciones y cóleras había tomado René el partido de escribir á Noris la asombrosa carta que ésta había leído ante Ferdys; pero el joven Chantenay tenía por principio en la vida hacer únicamente lo que quisiera. Además, se encontraba medianamente aburrido é importunado entre su madre, que le incitaba al matrimonio, y Jacoba de Montepreux, que había llegado á ser demasiado celosa, y le recordaba con algo de encarnizamiento las antiguas promesas. Pues bien : puesto que querían que se casase, se casaría, pero á su gusto. Estaba cada vez más excitado, más áspero; se hablaba en aquel estado de excitación nerviosa en que, por despecho, por deseo, por bravata para consigo mismo ó para con los demás, es uno capaz de todos los absurdos.

—¿Y por qué absurdos? (se preguntaba cuando trataba de razonar su situación.) No hay absurdo en el mundo más que lo que nos es desagradable.

¡Y á mí me agrada tener para mí á aquella criatura que tuve la necedad de no apreciar en su justo valor!

Y pensaba en cuadros de mérito, de los que se deshace uno porque cansan, y que se rescatan algunos años después con entusiasmo, y los cuales han aumentado diez veces su valor, pasando por otra galería.

—¡Esto es idiota (pensaba Chantenay); pero así sucede!

¡Casarse con Noris! Esta idea le entró súbitamente en el cerebro, una tarde en que Jacoba de Montepreux le había recordado aquella promesa de matrimonio, y seguía permanente en él. Había crecido, absorbiéndolo todo. La rabia de ser despedido encendía ardores feroces en aquel niño mimado por la vida de París. Y, además, Raimundo estaba allí, como expresamente para avivar sus deseos, sobrecitándoles por una celosa cólera. Chantenay hubiera querido enviar al diablo á su primo; le parecía que Ferdys le desafiaba, suplantándole. No era que creyese que Noris era la querida de Ferdys; era éste demasiado respetuoso, y estaba demasiado enamorado para intentarlo; pero la amaba, y era el favorito, donde él, René, no era ni aun recibido.... ¡Bufonería pura! ¡*Flor-de-Chic!* derrotado por aquel navegante. Se juzgaría esto un poco paradójico en el círculo. Costara lo que costara, René recuperaría la cuerda de la pista, y de un espolazo ganaría el Derby. El partido era evidentemente asombroso; era dar su nombre al riesgo de desacreditarse; pero no se salta por un obstáculo en el *steeple-chase* sin correr el peligro de quebrarse los riñones. Y, después, que alguna vez

había de concluir todo esto. Se le abrumaba, se le fatigaba, se le aturdía con aquella palabra de *matrimonio*. ¿Jacobá? La había encontrado graciosa, y ya no lo era. Locura por locura, un matrimonio con Noris era menos arriesgado. ¡La señora de Montepreux era toda una mujer de mundo, pero absolutamente loca! Una mujer de Charcot: hechicera como querida, imposible como esposa. Muy gentil para entonar entre amigos las canciones de los *Embajadores*. ¡Pero en su casa!.... Además, tenía al pequeño Carlos, al que René no podía sufrir. No sabía si se llegaría á acostumbrar á sus hijos; pero detestaba los de los demás.

Hubiese preferido aún á la judía Ahrenfeld, con su nariz de caballete, su vago acento alemán y sus millones. El título de princesa de Chantenay contrapesaba bastante aquellos millones, si bien René juzgaba que un Príncipe como él no debía casarse por el dinero, es decir, venderse.

—Y, sin embargo, René (le decía su madre); al paso que vais, querido, devoraréis rápidamente la fortuna de vuestro padre, os lo aseguro...., y si contáis con la mía, os prevengo que, á pesar de mis jaquecas, pienso guardarla largo tiempo!

Estos eran sermones bastante penosos, y Chantenay los escuchaba sin demasiado aburrimiento; pero lo que verdaderamente le impacientaba era aquel eterno espectro del matrimonio que se evocaba ante él. ¡Casarse! Bueno. Pero al menos, y lo repetía casi violentamente, al menos, casarse con una mujer que le conviniese. Y repetía: ¿no es esto? De todas las mujeres, una sola le agradaba ahora, Noris. Esto era insensato, incomprensible, pero era verdadero. Todos los recuerdos de otros tiempos le

mordían en el corazón. Después, como si la casualidad hubiese querido decididamente volverle loco, por todas partes donde iba no se hablaba más que de Noris, y aquel nombre de Noris se unía siempre el de Ferdys. Aquella misteriosa joven, inaccesible á tantos homenajes, se había humanizado. Había dejado fundir, según decía el duque Marsan, la co- rraza de hielo que la imponía el gran duque Vassili cada vez que la abandonaba.

Un rumor, que á la sazón hallaba crédito, suponía que Noris Feraud no fuese siquiera la querida del Gran Duque; él tenía para ella una profunda afección, la protegía, permitiéndola figurar, pero sin exigir nada en cambio. Y aquel Raimundo de Ferdys llegaba de las Indias, expresamente para seducir á la joven, pasando por encima de los aspirantes parisienses....

Decididamente la cabeza, la vanidad, los sentidos de René estaban á la vez irritados y sobrexcitados, y el joven Príncipe justamente en el período excitado de la locura. Quería á aquella mujer á quien había despedido. Hubiese dado por ella una fortuna, y consentía en comprarla aún más cara: en pagarla con su libertad y con su nombre. Vacilaba, sin embargo, comprendiendo que para un Chantenay esta era abdicación extrema; y cuando atravesaba su salón, le parecía que el príncipe Gerardo, desde el fondo de su cuadro pintado por Flandrin, se mofaba de su hijo bajo sus rubios bigotes. Pero una escena bastante violenta con Raimundo, un nuevo choque entre el Príncipe y el Marqués, decidieron á René á «dar el salto», como él decía, resueltamente, con la frente alta. Y tanto peor para quien lo hallase censurable. El

Príncipe tenía pistolas excelentes y espadas de combate para responder en ciertos casos especiales.

¡Ah! Raimundo osaba repetir á Chantenay que Noris se desentendía de su pasado, y no tenía nada que ver con el que la había seducido. Decía aquel buen Raimundo que el hombre no tiene derechos sobre una mujer para con la que se han concluido todos los deberes: se hacía moralista aquel teniente de navío, que tenía, como cualquiera, apetito de la vida parisiense y gusto por las jóvenes. Pues bien: ya vería Ferdys: ¡Raimundo no conocía bien á su primo!

—¡No sabe de lo que soy capaz! Lo que yo quiero, lo quiero, á despecho de todo y de todos.

Y el Príncipe, con la cólera pintada en sus azules ojos, y los dientes apretados bajo su bigote, concluyó, decidido á todo:

—¡Y yo quiero á Noris!

Durante la fiebre rabiosa que había seguido á aquella nueva discusión con Ferdys, Chantenay escribió la carta que Noris había recibido ante Raimundo.

Esperaba con gran impaciencia una respuesta de Noris. René estaba persuadido de que la señorita Feraud iba á aceptar aquella inesperada proposición con júbilo. Y ella no respondía. Pasó la velada en el círculo, en el teatro, en la Ópera, convencido de que al volver á la avenida Van-Dyck encontraría la carta. En la Ópera vió á la señora de Montepreux, y la habló con una sequedad que hería más que la brutalidad. Á Jacoba casi se le saltaban las lágrimas. En el palco de la Condesa estaba la joven señora de Blignac, la *caniche* infiel.

A la de Montepreux le daba vergüenza llorar delante de ella.

—¿Qué tenéis? (dijo á René muy bajo y rápidamente.) ¿Qué es lo que os he hecho?

—Nada.

—¿No me amáis?

—Sí. Pero....

Y había en aquel *pero* todo un mundo de reticencias y de cansancios, que horrorizó á Jacoba.

—¿Vendréis á verme mañana?

—¿Mañana?

Y parecía que recapacitaba si no tenía alguna ocupación más importante.

—No discurráis; sé que no vendréis; yo iré á saber noticias vuestras á vuestra casa: ¿me recibiréis al menos?

—¡Con gran placer!

El Príncipe había respondido con una sonrisa de amabilidad afectada y amorosa como un bostezo.

Jacoba sabía demasiado que había en el corazón ó en los sentidos de René otro amor; la perspicacia de sus celos le dejaba ver que René había vuelto á adorar á Noris desde que Noris le había insultado. Había en el *clubman* algo de la cortesana que ama al zafio que la golpea; la señora de Montepreux ahora, en la frialdad de René, en sus quejas de palafrenero, veía con horror que la fantasía del Príncipe, olvidada, se convertía en un frenesí.

La herida se agrandaba, le roía; tenía un hambre que le devoraba, y para la que le era menester carne viva, como á un cáncer.

Entonces Jacoba concebía ideas absurdas de violencia; tenía tan pronto tentaciones de escándalo, como deseos de claustro. Se preguntaba si

iba á despedir á René, si tomaría otro amante, ó entraría en un convento. Pero no; era á René, sólo á René, á quien ella adoraba, y lloraba con todas las fibras de su ser. Si él la hubiese dicho que abandonase todo su lujo, su hijo, y que le siguiera al fin del mundo, le hubiera seguido.

Trataba de calmarse. Puesto que Noris rechazaba á René, ¿qué tenía que temer?

¿Qué era lo que temía de un vanidoso como él? Todo.

René era capaz de proponer á Noris casarse para recuperarla.

Aquella extravagante idea se le ocurría á la celosa Condesa, justamente al mismo tiempo que al desesperado Príncipe. El terror que tal locura causaba á Jacoba, le hacía adivinarla al mismo tiempo que germinaba la idea en el cerebro de Chantenay.

—Sí (pensaba la señora de Montepreux); será capaz de tal infamia.... ¡Se lo había prometido, lo mismo que á mí!.... Afortunadamente ella no le ama, porque ama á aquel joven Ferdys.

Evidentemente la Condesa veía claro. Para resistir á la locura de René, estaba la frialdad de la señorita de Feraud. Noris, que no había respondido el primer día, tampoco respondió en los siguientes á la fatua carta del Príncipe. Se complacía en preguntarse á sí misma si iba á hacer de aquel infame su presa, y guardaba silencio, prolongando el suplicio, sabiendo que esto le lastimaría.

Chantenay perdía la paciencia. Tenía deseos de regañar con alguno, aunque fuera con Raimundo. René no tenía verdadera cólera más que contra Raimundo. Le parecía que si no hubie-

ra sido por él, Noris habría vuelto á amar al que había amado realmente cinco años antes; y Ferdys, por su parte, experimentaba contra René indignaciones despreciativas. Era aquel inútil y vicioso, quien por algunas horas de placer, por una aventura trivial, por pasatiempo, por *chic* y por estúpida vanidad, había hecho de la señorita Feraud una desconceptuada, una mujer que no se casa. ¿Que no se casa?... Chantenay, sin embargo, quería casarse. Le ofrecía, ahora que era indigna de él, aquel nombre que le rehusó cuando era ella la más honrada y leal de las jóvenes.

—¡Leal, honesta! ¿No lo era todavía Noris? Le bastaba á Raimundo preguntarse esto para que toda su fe le respondiese de la rectitud de la señorita Feraud. Nunca había encontrado conciencia más profunda, espíritu más luminoso ni más generoso corazón: se sentía ante Noris como ante un eco viviente de sus propios pensamientos, de su pasión, por lo absoluto de sus grandes ideas del honor. Algo romántica acaso, pero también lo era él. Noris soñaba con el romanticismo de las almas elevadas y de los sacrificios: había soñado con René la novela del amor único que absorbe toda una existencia del ser que se entrega á un sólo ser y no se vuelve atrás. Ella había soñado, como Raimundo había soñado también; pero él, más dichoso, realizaba su ilusión; no había amado más que á Noris, y la seguiría amando siempre.

¡Ah, pobre joven! Si en lugar de hallar á René en su camino, hubiese encontrado á Raimundo, tan á propósito para amarla y comprenderla, no sería la Noris de la que se hablaba en las crónicas como de un misterio *demi-mondain*, y de la que

Gardanne describía los bibelots del salón, y refería con palabras encubiertas la existencia íntima en sus *interiores*, publicados por el *Parisiense de Paris*.

—No sería la querida del Gran Duque,—decía Raimundo coléricamente.

También él, como los noveleros del club, se hacía ahora esta pregunta, con una ansiedad que le oprimía el corazón:

—¿Es la querida de ese hombre?

Aquel retrato del Gran Duque, con túnica blanca, casquete en la frente y cruz sobre el pecho, que Noris tenía colgado en su salón, sentía Ferdys deseos de romperle.

¡La querida del Gran Duque! Chantenay no vacilaba en dar su nombre á una mujer á quien se podía en París llamar la querida del Gran Duque.

¿Y si, después de todo, era aquello una calumnia? ¿Y si Noris dejaba creer que el soldado de Plewna estaba mezclado en su vida sencillamente por tener á distancia á los admiradores de su hermosura?

Cuando ella hablaba del Gran Duque, decía: un amigo, un ser original, un gran señor, cuyo capricho era permitir á aquella mujer que volviese á su orgullo de otros tiempos.

¡Qué locura! Noris, sin duda que no era ahora la querida del gran duque Vassili; pero lo había sido: ¿cómo dudarlo?

Y Raimundo sentía estallar á la vez su cabeza y su corazón.

Después, poco á poco, perdido en medio de sus dudas, examinando la nueva situación que creaba á Noris el deseo de René, ó sin analizar nada, de-

jándose llevar por su amor, que no razonaba más que el de Chantenay, pero que era de otra manera, generoso y caballeresco en sus mismos celos, Raimundo llegaba á preguntarse si, adorando á Noris y siendo adorado por ella, no iba, como René, á ofrecerla su nombre y á pedirla su vida.

Para Ferdys, como para Chantenay, todo lo que no era Noris desaparecía. Le daban tentaciones de arrancar de París á aquella mujer y llevarla al fin del mundo. París y la vida de París le descorazonaban. Los sinsabores de la vida pública, que le daban náuseas al almirante Pradier del Resnel, lo mismo que á él, quitaban á Ferdys la fe en su porvenir y el gusto de su profesión. Pero Noris era suficiente para llenar su pensamiento y exaltar su juventud: junto á ella olvidaba sus amarguras. Todavía tenía algo que querer en el mundo; la sonrisa de la mujer amada; no le quedaba más que esto.

Un supremo disgusto de su Ministro, volviendo descorazonado de una sesión donde se le rehusaba un crédito útil á sus marinos, acabó de arrojar á Raimundo á su pesimismo. El Almirante presentaba su dimisión, y Ferdys también experimentó la alegría de la libertad al salir de aquellos despachos, donde había entrado lleno de ilusiones y proyectos; tenía gana de aspirar el viento del Oeste que soplaba de Brest.

—¡Yo me ahogaba, mi Almirante!

Iba á volver á la mar. Á errar todavía, al azar, solo.

—¿Y por qué solo?

Iba á marcharse del lado de Noris, á separarse de ella, como lo había hecho cinco años antes, pero sabiendo ahora que aquella mujer le

amaba. ¡No pensaba esto! ¡Es imposible! Á la que decía adiós cinco años antes, era á la querida de René; pero hoy, ¡Noris era libre de su destino!....; sin ilusión sobre el *príncipe azul* de sus sueños, podía disponer de su existencia; y el mismo Ferdys, ¿no podía ofrecer á la señorita Feraud, viuda de su primer amor, lo que le ofrecía como prenda de un nuevo trato René Beaumartel de Chantenay, es decir, un nombre? Sí que podía; ella era el solo amor de su vida, y otro quería casarse con ella. ¿Por qué el marqués de Ferdys no había de hacerlo? No conocía criatura humana á quien confiase más seguramente el cuidado de su honor, á pesar de su caída. Y aun cuando sacrificase algo de sí mismo para salvar un alma, el corazón y el amor de Noris, ¡bien valía la pena!

Raimundo era demasiado franco y amaba mucho á su padre para no confiarle el secreto de aquella tempestad y la resolución que decididamente quería tomar, después de dos horas de duda.

El Marqués se quedó estupefacto.

Creyó que Raimundo había perdido la cabeza.

—¿Has participado lo que me dices á la señorita Feraud?—le preguntó, un poco sofocado.

—No.

—¡En buena hora! Espero que guardarás para ti solo esta ventolera.... ¡Es una locura muy agradable, pero al cabo es una locura!

—No (dijo seriamente Raimundo). Amo á la señorita Feraud; lo he reflexionado mucho; la amo con toda mi alma, y estoy resuelto.

—¡Vamos, Raimundo; la querida del gran duque Vassili!

El Marqués se encogía de hombros.

—Eres demasiado novelesco. ¡No se casa nadie con la querida de otro!

—¡La señorita Feraud no es querida del Gran Duque!

—¿Lo dices así?

—Lo creo,—dijo Raimundo.

—¿Porque te lo ha dicho ella?

—Yo no se lo hubiese preguntado. El Gran Duque está tan separado de su vida, como el mismo René.

—Hace cinco años era pobre la señorita Feraud, y hoy es rica; ¿de qué tiene ese lujo?

—¡Si consiente en seguirme, saldrá de su hotel tan pobre como la que más; no lo dudéis!

—Veamos, veamos.... Razonemos un poco.... La señorita Feraud volvería á ser pobre, convengo en ello; no es ya, ó no ha sido, si así lo quieres, la querida del Gran Duque; todavía acepto esto; pero ha sido la querida de René.

—¡Quien se ha conducido como un cobarde y la ha seducido como un bellaco!

—¿Esto más, Raimundo? (dijo el Marqués.) Tú pierdes el seso, hijo mío. ¿Vuelves de las islas Marquesas para reformar á París y para enderezar los entuertos de otros á tus expensas?

—Vuelvo á París para hacer lo que creo justo en mi alma y en mi conciencia; y lo que yo creo que es mi felicidad, y que lo es también de una persona á la que encuentro digna de mí.

El Marqués pasaba sus manos finas por sus cabellos rizados, como buscando por debajo de ellos una idea firme.

—Te ciega la pasión (dijo, por fin), y eres absurdo. No podrías vivir cuarenta y ocho horas con

la señorita Feraud, sin estar deshonrado, y yo tengo el derecho de recordarte el nombre que llevas....

—¿Entonces (interrumpió Raimundo), se está deshonrado porque se dé el nombre á una mujer á quien se ama y se estima, y no se está cuando se une ese nombre al de una querida?....

El padre miró un momento á su hijo antes de responder:

—¿Es que quieres aludir á la señorita Brunier? —preguntó el señor de Ferdys, algo pálido.

—No aludo á nadie. ¡Digo que vuestro mundo es bien asqueroso, y vuestras convenciones absurdas é innobles! Un hombre seduce indignamente á una mujer, y no se le niega el saludo. ¿Y á la mujer engañada no se le tenderá la mano?

—¡Tiende la mano á la señorita Noris (dijo el Marqués), pero no se la des!

Raimundo movió la cabeza.

—Esas no son más que palabras, y no es con palabras, como se cree en París, con lo que se resuelven cuestiones como esta. Yo amo á Noris, la amo; y si consiente en casarse conmigo, me caso.

—¿Si consiente? ¡Pardiez (dijo el Marqués), que necesitaba estar desganada!....

—¡Bastante desganada está (respondió Raimundo), cuando aún no ha dicho que sí á René, que le ha pedido su mano!

—¡René!

—René.

—¡Ah! Soberbio.... (exclamó el Marqués.) Ese imbécil de René se cree enamorado de la señorita Noris porque se burla de él, y se casará por despecho; esto se ve, y tú te arrebatas y te enfadas por

celos.... ¡Me hacéis el efecto de dos dogos excitados por la misma presa!.... ¡Tú tienes un gran capricho por la señorita Feraud, y lo comprendo, porque merece la pena!.... Yo también la estimo, como tú dices.... ¡Pero estás más celoso de René que enamorado de ella! ¡Créeme: no digas ni hagas tonterías! Reflexiona. Dentro de seis meses René se habrá casado con la señora de Montepreux, y tú tendrás una campaña de más y una pamplina de menos. En cuanto á mí (y el Marqués se había puesto grave, casi tímido, contristado, tendiendo la mano á su hijo), te agradezco que me hayas recordado que no se deben tener caprichos demasiado rubios cuando se tienen los bigotes demasiado grises.... ¡Sí! (dijo alegremente); yo me los desteniré.... ¡Desde mañana, esto se ha acabado; tendrás por padre un abuelo!

Procuró reír, y tomando las manos á Raimundo:

—Veamos, Marqués (le dijo): ¿te vas á casar con la señorita Feraud?

—La amo,—respondió el joven.

—Si la hubieras seducido, ya sabes bien que te diría: «¡Tanto peor para ti, pero haz tu deber!»

—Yo la amo,—repitió Raimundo.

—Pero se va á alborotar nuestro mundo....

—¿Se escandalizará más, si es René quien se casa?

—¡René! ¡siempre René! Y todavía pagaría una antigua deuda...., una deuda de honor, si quieres....—¡Y después, René es René!.... Pero tú....

—Yo la amo,—volvió á decir aún más firmemente Raimundo de Ferdys.

Su padre estaba desolado.

—¡Ah, pardiez! (dijo, encolerizado contra sí mis-

mo.) ¡Lo comprendo! ¡No soy yo quien debe predicarte moral!.... ¿Qué autoridad tengo sobre ti? Bonito moralista un vividor impenitente.... Pero si tu madre viviese...., la harías sufrir mucho....

—Mi madre no me mandaría más que dos cosas: ¡ser honrado y dichoso!

—¿Y crees que, casado con Noris, serás dichoso? ¿Crees que se te mirará como honrado?

—Yo desprecio á todos,—dijo Ferdys

—Bueno. Pero no les basta el pretexto de tu desprecio. Cásate, no importa con quién; una mujer que no valdrá, acaso, moralmente lo que la señorita Feraud, convengo; ¡pero no con ella!.... ¿Tu dicha?... ¡Es qué tomas á juego hacer tu ventura!.... La dicha está en una joven que no haya conocido, amado ni deseado más que á ti, de la cual serás el sueño...., el ideal...., el marido y el amante. Tu felicidad está en un convento; asiste á algún baile blanco. Mira, no está lejos; tiene diez y ocho años; y si quieres que la llame, te respondo que no tardará en verla. Ya sabes, querido mío, que la felicidad es muy susceptible; y si no se la recibe, es seguro que no vuelve más.

Al pobre Marqués le asomaban las lágrimas á los ojos; pero las disimulaba, pareciéndole ridículas

Se desesperó por completo cuando, después de todas las razones del mundo, Raimundo le replicó definitivamente con esta razón que valía por todas las otras:

—¡Yo amo á Noris! ¡La amo, y todo lo que me digáis no impedirá que la ame!

Al día siguiente Raimundo de Ferdys vió que el Marqués había cumplido su palabra. Los bigotes del señor de Ferdys estaban blancos.

El Marqués dijo á su hijo claramente :

—Tengo una noticia que darté.

—¿Cuál?

—El gran duque Vassili está en París. Para el gran premio sin duda.

—¡Ah!—dijo Raimundo.

Estaba pálido.

El Marqués encendía un cigarro.

—Sí (dijo negligentemente); aquella pobre Margarita Brunier es quien me lo ha dicho hace un momento.... Te anuncio que podrás ir á comer en los Embajadores cuando te plazca.... No me volverás á encontrar allí con Margot.... ¡Pasión rota!.... ¡La pobre ha llorado, palabral.... ¡Costumbre de señora!.... Es muy buena muchacha Margarita.

Y mientras, Raimundo, aterrado, pensaba en aquel inesperado que venía á abofetearle en plena esperanza, «El Gran Duque está en París».

—Ya sabes (añadió el señor de Ferdys): si apuestas, toma *Frontignan*. Es el vencedor del Derby.... ¡Todo Jockey le tiene por favorito, desde Chantilly! ¡Buenos días, Raimundo!

X.

—¿Qué es lo que tenéis, mi querida Noris?

—¿Yo? ¡Me aburro, á pesar mío y á pesar de vuestra Alteza; me aburro, y me ataca los nervios toda esta batahola!

—Si estáis delicada, no permanezcáis en este sol (dijo el Gran Duque); el día es caluroso, en efecto.

—¡Y será largo!

Noris había dicho bajo las últimas palabras, y volviendo la cabeza en torno suyo, miraba á la muchedumbre con una expresión de cansancio: sus ojos negros estaban tristes bajo sus fruncidas cejas.

Esto pasaba en Longchamps el día del gran premio. Noris se había levantado nerviosa, con mil ideas revoloteando en su cabeza desde que se había despertado.

Hacía buen tiempo; la doncella entreabrió las pesadas cortinas, y entró un rayo de sol: el cielo sonreía un hermoso cielo de Junio, todavía primaveral como un día de Mayo; y el traje de Noris